

VIOLENCIA BURGUESA Y VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

Peligros de un excesivo apaciguamiento de la lucha revolucionaria.

Es éste un problema que debemos dilucidar a corto plazo, si queremos establecer claridad en la conducción del movimiento popular. En tal sentido, consideramos que la elección presidencial recién pasada es el tema de actualidad más oportuno para iniciar un análisis de ambas vías.

¿Existe verdaderamente una vía pacífica hacia el socialismo? ¿En qué factores puede ella fundarse? ¿Qué nos demostró el reciente fracaso electoral respecto a la vía pacífica?

Personalmente, pienso que hay una enorme confusión en los diversos planteamientos formulados para amparar la tesis de la vía pacífica. Toda ella está referida fundamentalmente a una formulación teórica de tipo internacional, surgida como una estrategia necesaria a las relaciones de dos zonas con regímenes sociales diversos, que representan en la actualidad una realidad concreta indiscutible en el mundo contemporáneo.

Pero lo específico, es ver en qué podría consistir la vía pacífica en un lugar geográfico determinado, en el que el movimiento popular esté luchando en contra de la burguesía para suplantarla en el poder y constituir un gobierno democrático de trabajadores. No se trata, de ninguna manera, de una revolución democrático-burguesa. Hemos concluido, a través de análisis circunstanciados y profundamente esclarecedores, que esta forma de revolución está definitivamente descartada en Iberoamérica. Las burguesías nacionales juegan un papel decididamente antinacional, unidas férreamente en su destino de clase, a los intereses del imperialismo norteamericano. Luego, sólo una forma de revolución es posible en nuestros países: la de los grandes conglomerados de trabajadores del campo y la ciudad, en contra de la burguesía y el imperialismo. Y esta es la lucha de dos sectores irreconciliables. ¿Cómo es posible concretar una vía pacífica en el seno de esta lucha frontal de intereses opuestos y contradictorios?

No se trata de expresar un pensamiento preestablecido y esquemático. Sólo se trata de estudiar la realidad de los hechos. Cuando se dice que el socialismo busca sus propios caminos de realización, entendemos que ello se refiere al factor condicionante de las características geográficas, económicas y culturales,

que, desde luego, nadie discute; pero, pensamos que estas particularidades de cada país, en ningún caso, hasta ahora por lo menos, han hecho desembocar en un proceso de transición pacífica hacia el socialismo.

La coexistencia pacífica entre estados de diferentes sistemas político-sociales, obedece a una formulación basada en una realidad tangible y comprobable. La coexistencia era un hecho real y material mucho antes de que fuera elaborada una estrategia y una táctica en torno a ella. La elaboración de esta política, en sí misma, no ha añadido nada positivo ni ha profundizado más en la posibilidad de mantención de la paz mundial. Si estas condiciones pueden mantenerse, están basadas de una manera determinante en el desarrollo competitivo y más o menos equilibrado de las armas de destrucción nuclear de los bloques militares en pugna.

En cambio, la coexistencia pacífica, como estrategia y táctica teóricamente formulada, se ha transformado en un peso que gravita ostensiblemente en el desarrollo del proceso revolucionario mundial. Y una de sus derivaciones, es naturalmente la concepción de una vía pacífica hacia el socialismo.

Ellas arrancan de las resoluciones del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Se manifiesta allí la esperanza de un cambio en el desarrollo interno del capitalismo, sobre la base de una amplia estrategia llevada a cabo por la clase trabajadora, tendiente a obtener de las burguesías que "abandonen los preparativos de una nueva guerra mundial, renuncien a la idea de comenzar guerras locales, y usen la economía con fines pacíficos". Podrían obligarles además a la realización "de un programa nacional de paz, independencia, derechos democráticos, y ciertas mejoras en el standard de vida de esos pueblos".

Es decir, que de acuerdo con las resoluciones del XXII Congreso de la URSS, el capitalismo es susceptible de cambiar esencialmente sin necesidad de ser derribado, sobre la base de una estrategia de la clase obrera, que deberá darse naturalmente dentro de los límites señalados por el orden y la legalidad burguesas. Y esta estrategia, que aparte de parecernos errónea en general, podría circunscribirse a las naciones de alto desarrollo capitalista, se ha convertido en una interpretación que se pretende hacer válida en diversas latitudes y configuraciones socio-económicas.

Volvamos ahora al proceso electoral que desembocó en el acto del 4 de Septiembre reciente en nuestro país. Porque se ha repetido insistentemente que Chile es precisamente el conejillo de indias que habría de dar una comprobación a la tesis, hasta el momento meramente subjetiva, de la vía pacífica.

¿De qué postulado se parte para proponer a Chile como sujeto de experimentación? De una apreciación errónea que el movimiento popular viene sufriendo desde hace varios años, muy a

gusto de la derecha: el constitucionalismo democrático, elevado a la categoría de idiosincrasia del pueblo chileno.

Proyectándonos desde esta particularidad, Chile debería hacer su propia experiencia revolucionaria, dentro de los marcos estrictos del régimen electoral impuesto por la democracia liberal-burguesa imperante. En tal forma, habría que suponer que el proletariado chileno y las capas medias de trabajadores, que sufren las consecuencias de la gestión capitalista-burguesa, adquirirían su conciencia de clase y sus aspiraciones de cambios profundos, actuando periódicamente en los procesos electorales. A través de éstos, se haría la difusión de los principios y planteamientos revolucionarios. Se operaría así un cambio paulatino de la conciencia social de los trabajadores que provocaría, llegado el momento, una sola voluntad de cambios, la que se expresaría como un pronunciamiento masivo en una justa electoral. Por otra parte, además, la burguesía, ante la voluntad mayoritaria del pueblo expresada en los comicios sufragatorios, se avendría a entregar el poder dócilmente, convirtiéndose en muda espectadora de la constitución de un nuevo orden social del que quedaría desvinculada para siempre como clase rectora.

La intencionalidad de estos supuestos, es verdaderamente digna de encomio. Sólo que, hasta qué punto no es esto el producto de una actitud idealista, al margen de la realidad de los problemas y de todo el acontecer histórico en el desplazamiento de los diversos sistemas económicos? Porque, esto que se expresa así, en una breve síntesis, y que parece una interpretación caricaturesca del movimiento electoral en que nos empeñamos como partidos de izquierda, y de las metas que pretendemos alcanzar, es precisamente el fondo de la tragedia que el pueblo chileno viene viviendo desde hace más de 30 años en su proceso revolucionario.

El ambiente económico social en que se dio toda la campaña presidencial última, era por demás favorable a un proceso de izquierdización de la conciencia social de los sectores masivos, tanto de la clase media como del proletariado. Estaba en el poder el más calificado prohombre de la derecha tradicional. El señor Alessandri impulsó desde el gobierno una política económica de manifiesto favor a las clases más reaccionarias. Se practicó una redistribución del ingreso nacional en total menoscabo de los trabajadores. Esta situación generó un clima de miseria actuante y progresiva, agudizada por un alto porcentaje de cesantía, problema insoluble dentro del régimen capitalista. Es decir, que se configuró un cuadro socio-económico totalmente favorable a la candidatura popular de Salvador Allende. Los dirigentes nacionales de los partidos del FRAP y del Comando de la Campaña, coincidieron en repetidas ocasiones en esta apreciación.

Se dio así una lucha en el mismo terreno de la democracia liberal-burguesa, con sus propias armas y utilizando, en cierto modo, sus mismas tácticas en el plano del electoralismo político. Pero,

en las mejores circunstancias para el movimiento popular, la derecha nos demostró también su tremenda capacidad de dominio de las técnicas electorales. No podía ser de otra manera. Estas técnicas fueron inventadas por ellos mismos para defender sus privilegios de clase. Por lo tanto, sólo pueden servir exclusivamente a ellos.

Desplegaron su poder económico ilimitado, poniéndolo al servicio de sus intereses y de los de sus socios extranjeros. ¿Es esto, acaso, circunstancial?

Hoy, como en 1958, hemos sido derrotados en el propio terreno de la burguesía. En los campos donde siempre han sido fuertes, y lo seguirán siendo. Ellos tienen bajo su control todos los medios, lícitos e ilícitos, para dirigir sus campañas electorales.

Pensamos que con la gestión Alessandri, la derecha estaba debilitada en Chile. Y presumimos que habiendo perdido sus posiciones políticas, estarían en condiciones de ser desplazadas del poder por un simple acto electoral. Pensamos también, que la Democracia Cristiana era el nuevo rostro de la Derecha. Pero inmediatamente creímos que a esta nueva derecha la podíamos vencer antes de llegar al poder. Y esto fue un error. Ellos, mejor que nosotros, entendieron bien el sentido de la lucha que se estaba librando a través de la campaña electoral. Se hicieron cargo de su misión. Ella consistía en preservar las estructuras capitalistas de cualquier menoscabo que pudiera venir por entronizamiento de un gobierno popular. Y a esta tarea dedicaron todo su esfuerzo.

Nuestra tarea consiste en derrocar a la burguesía y demoler las estructuras capitalistas, instaurando un gobierno democrático de trabajadores. Pero no nos hicimos cargo de nuestra misión con resolución y fervor revolucionario. Buscamos afanosamente la concreción de una vía pacífica, que falseó el contenido de nuestra lucha provocando la desorientación de diversos sectores masivos.

Ellos tuvieron a su favor todo el poder del dinero, tanto extranjero como nacional; siempre ha sido así. Y mientras más aguda es la lucha, más se juegan los capitales. La derecha económica, que es la que en última instancia cuenta, expresada o no, a través de los partidos tradicionales, se volcó a la campaña en una defensa a fondo de sus intereses de clase. Recurrieron por lo mismo, a todo lo que el poder del dinero podía poner en sus manos. Su actuación estuvo siempre dentro de una lógica de procedimientos adecuada a su condición de clase que sustenta en sus manos el poder económico y político. No cabe por lo tanto la excusa de una crítica a su proceder. Por el contrario, la dirección del movimiento popular faltó, a nuestro juicio, a una perfecta lógica de procedimientos. Penó a lo largo de toda la campaña la famosa tesis de la vía pacífica.

Ahora, el velo de las esperanzas está descorrido una vez más. Hemos salido de otra elección presidencial y podemos decir que hay pruebas suficientes para demostrar que nuestro camino hacia

el socialismo, con todas las características nacionales propias, no puede dejar de mano lo fundamental, la lucha irreconciliable entre dos fuerzas sociales que el sistema capitalista genera: burguesía y proletariado.

II

El sistema capitalista es una forma de explotación económica, cuya configuración histórica ha sido el producto de un proceso de dos siglos y medio, en su estructuración moderna. A través de este período se ha venido provocando permanentemente una polarización en el desarrollo de la conciencia social. Las clases en el poder, se han sucedido unas a otras y confirmado en su condición de poseedoras del poder económico y político, en una actitud de legitimidad, que se constituye en la posibilidad de regular toda la actividad social y, en instrumento de mensura de todos los valores por los que se rige la comunidad.

La estructuración del Estado, hecha a imagen de su propio poderío de clase, les garantiza el control de todas las instituciones en que se afirma el desenvolvimiento oficial de la nación. El sistema capitalista genera en esta forma dos clases sociales, antagónicas, irreconciliables, cuyos intereses no pueden coincidir porque ambas están condicionadas en su existencia a la permanencia del sistema. Y el sistema capitalista se resuelve en esencia, en el movimiento acumulativo de riquezas. Y la riqueza es el producto del trabajo social. De esto se infiere que dentro del sistema capitalista siempre tendrá que haber ricos y pobres, por cuanto la acumulación de riquezas favorece a los dueños del capital.

Esto que es tan elemental y que ha sido tan repetido, es necesario tenerlo en cuenta cada vez que se enfoca el problema del paso del capitalismo al socialismo.

En una sociedad en que hay ricos y pobres, hay también dos clases sociales irreconciliables, una explotadora y otra explotada. Burguesía y proletariado son los términos antinómicos de la sociedad capitalista. Esta polarización existe, aun en los casos en que el sistema llegue a la fase empresarial de los grandes monopolios y corporaciones, sobre la base de un desarrollo industrial masivo y extremo. Este no es por lo demás el caso de Chile ni de ningún país de Iberoamérica.

El fondo esencial del sistema es siempre el mismo. Polarización de enriquecimiento y pobreza. En los países centro-productores, las relaciones sociales capitalistas han llegado a un grado de desarrollo tal, que vienen a provocar una postergación momentánea de la decidida confrontación de clases entre proletariado y burguesía. Pero ello no da margen a la suposición de que habría un rebasamiento de los términos en que se plantean tradicionalmente los problemas.

La vía pacífica significa entre otras cosas, la desestimación de estos antecedentes básicos. La lucha irreconciliable entre bur-

guesía y proletariado está determinada por la toma de conciencia de los trabajadores de su condición de clase explotada. Y en ello estriba su condición revolucionaria.

Por muy elemental que se presente este desarrollo, es necesario traerlo a la formulación como un vehículo de replanteamiento del problema. No cabe duda que la teorización acerca de una vía pacífica, obedece entre otras cosas, al deseo de impulsar una estrategia que evite a la clase trabajadora los sacrificios propios de una confrontación armada. No obstante, ello significa también, restar al proletariado el impulso propio de su esencia revolucionaria. Y esto no puede estar en las tareas de los partidos vanguardias. Todo proceso revolucionario se desenvuelve con arreglo a las condiciones materiales y sociales vigentes en cada lugar, pero siguiendo al mismo tiempo en su trayectoria el curso fatal de ciertas leyes permanentes y universales, cuya validez se manifiesta de análoga forma en la naturaleza y en la historia.

Nada hay, en el curso de los acontecimientos tanto naturales como históricos, que no se produzca a través de una oposición de contrarios. El paso dialéctico de la cantidad a la calidad, es un movimiento comprobado en la materia y en todos los fenómenos que registra el universo, como también en el desarrollo histórico del hombre. Lo nuevo nace de la destrucción de lo viejo. La violencia está implícita en todos los hechos de la existencia que signifiquen renovación y cambio.

A la violencia de la burguesía, es necesario contestar con la violencia revolucionaria del proletariado. Porque el capitalismo es en sí irracional e inhumano, genera un ambiente de desesperación material y social, en que el hombre se ve sumido permanentemente. El capitalismo representa la organización sistemática de la violencia en contra de las grandes mayorías proletarias. Ella está presente, no sólo en los movimientos represivos de carácter policial que periódicamente se proyectan en contra de la clase trabajadora. La violencia burguesa se manifiesta en la explotación diaria del obrero, del campesino, del empleado; en la no solución de los problemas básicos de la supervivencia; en los graves problemas sanitarios que afectan a los barrios populares; en el alto índice de mortalidad infantil de nuestro pueblo; en nuestro 42% de analfabetismo; en el déficit habitacional que obliga a 5 chilenos de cada 10 a vivir en poblaciones callampas; en el enorme porcentaje de cesantes y en todos los dramáticos problemas que afectan a nuestra juventud.

La violencia burguesa satura todas las células de la convivencia social capitalista. Está presente en todos los actos de la existencia proletaria. No es posible entonces hablar así, tan cómodamente, de una vía pacífica hacia el socialismo. Rechazamos la pretensión de quienes piensan en estos instantes, que una concepción dinámica en la aplicación del marxismo, consiste en reconocer que la actual

situación del panorama mundial obliga a descartar, y sobre todo en nuestro país, la estrategia revolucionaria que se deriva de la interpretación clásica del marxismo-leninismo.

Los sectores que constituyen el movimiento popular son una fuerza viva, actuante, en constante desarrollo. Su proceso está relacionado directamente con el agudizamiento de las contradicciones en las relaciones económicas del sistema capitalista. Es por lo tanto imposible de controlar indefinidamente desde arriba, por una dirección política que pretenda imponerle un camino erróneo a seguir.

Estos sectores terminan por darse siempre su propia conducción revolucionaria, elaborando su dirección subjetiva fuera de los límites de influencia de quienes pretenden imprimirle un encauzamiento equivocado.

La lucha de los grandes movimientos populares es lucha por el poder, por arrebatar a la burguesía su condición de clase hegemónica y determinante. No puede confundirse con una batalla meramente electoral destinada a obtener enmiendas y pequeños beneficios. La acción revolucionaria va, a través del enfrentamiento de clases, hacia la conquista del poder político para provocar una transformación total de la sociedad. El enfrentamiento es permanente, utilizando todos los medios de lucha que la estrategia revolucionaria califique como medios adecuados a dicho enfrentamiento. Es una lucha que hay que dar dentro y fuera de la legalidad burguesa; porque de ello se trata, de romper esta legalidad burguesa y de destruir sus tácticas de acción evitando hacerles el juego. Lo que más desea la burguesía es utilizar el enfrentamiento pacífico con los sectores populares, y dar la batalla en sus propios terrenos. En ellos se siente segura de dominar. La burguesía impuso el sufragio universal y lo constituyó en un derecho ciudadano, pero jamás ha permitido que el pueblo lo ejercite para darse sus propios gobernantes. El proletariado va a los comicios electorales a sancionar en las urnas la permanencia del orden vigente. Todos los medios de coerción a que puede recurrir el estado burgués, son puestos en juego para deformar la expresión de un proceso eleccionario, comprando y corrompiendo conciencias, administrando las necesidades de los sectores paupérrimos y miserables en su propio beneficio. Envilecen de esta manera las necesidades del pueblo atentando contra la dignidad del hombre, que ellos mismos dicen defender y respetar.

Así pues, confirmar en la conciencia de los trabajadores la existencia de una vía pacífica para llegar al poder, significa lisa y llanamente introducir un germen de desorientación, que alienta en determinados sectores la asimilación de una política pequeño-burguesa y reformista, que los va incapacitando paulatinamente para una lucha de enfrentamiento revolucionario.

Un partido vanguardia tiene el deber ineludible de cuidar el florecimiento de la conciencia revolucionaria de los trabajadores. De evitarle toda posible deformación en su proceso de desarrollo. De hacerla madurar aceleradamente en el enfrentamiento permanente con sus explotadores. El partido mismo debe ir conformando su propia condición de vanguardia revolucionaria, en lucha continuada contra las tendencias oportunistas y reformistas que surgen en su propio seno. Este proceso de decantación debe ser duramente practicado, y con doble razón, en países de configuración política y social como el nuestro, en que existe una convivencia obligada de los partidos populares y de sus representantes y mandatarios, dentro de un ambiente configurado por la sociedad burguesa. La práctica por largos años del parlamentarismo, genera la tendencia nociva hacia el pequeño-aburguesamiento, no sólo de los propios parlamentarios y dirigentes políticos, sino también de las mismas bases partidarias, que empiezan a aquilatar la actividad del partido en función de exclusivas tareas electorales. Se produce así una deformación de la vida interna del partido y de su proyección conductora del movimiento popular.

Es necesario luchar contra las tendencias burocratizantes. Es necesario luchar contra los intereses internacionales que se pretenden anteponer a los intereses de los trabajadores en cada país en que la revolución todavía no ha triunfado. Es necesario, en fin, hacer claridad ideológica acerca de los problemas del movimiento revolucionario mundial; abrir discusión teórica sobre la base de las experiencias prácticas inmediatas y hacer de la teoría y la práctica una verdadera unidad de acción que permita al proletariado avanzar con seguridad en su lucha revolucionaria.

Los partidos vanguardias, son tales en cuanto se enraizan en el seno profundo del movimiento popular. No pueden constituir un escalón aparte, que pretenda imponer desde arriba una táctica producto de meras apreciaciones subjetivas. La estrategia y la táctica revolucionarias nacen también desde el fondo infraestructural de las relaciones sociales. En tal sentido, el partido debe elaborarlas estrechamente vinculado a la clase trabajadora y a sus problemas inmediatos. La unidad de teoría y práctica requiere la complementación permanente de los ideales doctrinarios de la revolución, que emanan de una crítica profunda y científica de la sociedad, con los problemas materiales y sociales inmediatos propios de la existencia cotidiana. Es necesario hacer de cada acto de nuestra existencia un foco de rebeldía y de protesta, susceptible de empalmar al proceso general de la revolución, para ir fortaleciendo la conciencia revolucionaria y confirmando la necesidad de cambios profundos.

Contestemos a la violencia permanente de la burguesía, con la violencia revolucionaria del proletariado en ascenso hacia el poder, para instaurar una sociedad socialista.